

y movían á la rebelión todos los corazones; colocaban el nervioso Santerre á la cabeza de los revolucionarios; lanzaban los dos ríos de lava dirigidos desde los barrios de San Antonio y de San Marcelo para envolver las Tullerías y luego los juntaban en el Puente Nuevo para que acabasen la obra de universal destrucción, ensañándose con furor en todo lo antiguo; mataban al mismo golpe la Monarquía y la Cámara ofreciéndoles en holocausto la Constitución; empuñaban las riendas del Estado para que no zozobrase nunca en aquella crisis tremenda y pudiese hacer frente á la irrupción extranjera desencadenada; sumaban todas las energías en su seno agregando á la energía de Danton la popularidad de Manuel y á la perfidia maquiavélica de Robespierre la demencia cruentísima de Marat; tomaban las Tullerías, y al tomarlas concluía sobre sus escombros el viejo absolutismo: que todo este colosal esfuerzo y todo este increíble arresto fueron indispensables á cambiar el régimen antiguo en el nuevo régimen de la libertad y del derecho. Así el poder pasó del Parlamento á la Comunidad. En vano el Parlamento intentó conservar la Constitución; el Municipio la hizo pedazos. En vano quiso el Parlamento guardar un resto de culto al principio hereditario; lo abrogó la Comunidad. En vano suspendió el Parlamento al Rey; la Comunidad lo destituyó. Quisieron los parlamentarios custodiar al jefe del poder ejecutivo; la Comunidad exigió esa custodia. Quisieron los parlamentarios llevar al Palacio del Luxemburgo la dinastía, llevóla el Ayuntamiento á una fortaleza de donde sólo pudiera salir para el cadalso. Debió el Cuerpo Legislativo hacer una de estas dos cosas: ó proclamar él mismo la República, ó defender la Constitución. En aquel momento supremo le asaltó la peor enfermedad que podía en tal crisis asaltar á una institución; le asaltó la incertidumbre. Y en esta incertidumbre ni fundó el Congreso la República, ni defendió la Monarquía: los más resueltos, los más temerarios, los que cerraron la vista de su conciencia para no ver los sacrificios demandados por el triunfo de la revolución, dictaron órdenes al Congreso, haciendo el Congreso á su vez todo cuanto le habían á una impuesto tales exagerados, quienes asumieran la dictadura más omnimoda y más omnipotente que han visto los tiempos. Murieron al mismo golpe, día diez de Agosto, Realeza, Cámara, Constitución.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-SEGUNDO

Del Congreso al Temple



L movimiento de los suizos aparece capital en la revolución, porque significa el fin de aquellas fuerzas extrañas y extranjeras puestas al servicio de la Monarquía y sin enlace de ningún género con la nación. Esta guardia real, este verdadero instituto absolutista, parece organizado en demostración práctica de lo muy ajeno que á la sociedad permaneció el absolutismo siempre. Semejantes guardias parecían perros, pues asaltaban á todos los nacidos contra quienes el amo los dirigía y azuzaba. Republicanos de nacimiento; libres de condición; demócratas por los gérmenes de igualdad connaturales á toda República, aun á las repúblicas de mayor carácter aristocrático y más fuerte patriciado; acostumbradísimos á los ejercicios fortificantes del gobierno popular y á las asambleas en cuyo seno penetra siempre aire de vida que os da verdaderos alientos y os colora la sangre; debían los suizos contemplar de mal ojo aquellos ídolos chinos que se llamaban Reyes absolutos, colocados, no solamente sobre la sociedad, fuera casi de la sociedad, por su elevación y por las alturas de sus tronos, como debían repugnarles tanto los cortesanos cuanto nos repugnan hoy á nosotros cargos, oficios, procederes de tan domésticos siervos; pero, por paga y sueldo, añejos mercenarios, sobreponíanse á su naturaleza y á su educación, derramando la sangre de los mismos naturales entre quienes servían, con igual obediencia mecánica que la puesta por matarifes, ó ayudantes del carnicero, al degollar sus reses en las carnicerías de bueyes ó en las matanzas de cerdos. Condición del despotismo:

la guardia extranjera. Condición de la guardia extranjera: servir de verdugo al déspota que no puede vivir sino destruyendo y matando. Los déspotas asiáticos sacaban su guardia personal de las gentes mismas á quienes combatían, lanzadas contra los propios pueblos donde nacieran, y resueltas á su conquista y á su estrago si les mandaban de lo alto estragarlos y oprimirlos. Guardia extranjera los Ciro y los Sardanápalos, por lo menos, guardias recogidas en tierras recién adquiridas; guardia extranjera, de los mismos nubios á quienes combatían y apresaban, los Faraones egipcios, guardias alemanes los Césares romanos y en la fundación del imperio rotos cayeran los patricios y los caballeros de Roma sobre la nefasta Farsalia y sus siniestros campos á las flechas bárbaras; guardia esclavona los califas cordobeses, congregada con búlgaros y servios, adquiridos, como vil mercancía, en los Balkanes, y puestos sobre sus armas á la continua, para oprimir los bronceados árabes, creyentes mahometanos, por las maravillosas tierras andaluzas; guardia extranjera los Emperadores celestes, pues la dinastía hoy reinante allí no es otra cosa que una sobreposición de las razas mongólicas á las razas ingenuas; guardia extranjera el Papa, rodeado de suizos con sus vestes amarillas y negras al cuerpo, sus cascos por plumero albo terminados á la cabeza, y su alabarda en la mano; resto de los tiempos que corrían y de los usos que reinaban, al constituirse por el siglo décimo-quinto y décimo-sexto con Julio II, y Alejandro VI, y León X, y Clemente VII, el absolutismo pontificio en la Ciudad Eterna. Yo no diré que se hallen las sociedades bien y perfectamente montadas, tal y como lo están hoy; no diré que la Historia observe muy rigurosas leyes morales en su desarrollo; digo que así está montada la sociedad y que así la Historia se desarrolla, presentándonos analogías sorprendentes entre los tiempos y las instituciones de las sociedades humanas, por las cuales se demuestra la solidaridad entre todos los pueblos, aunque muy apartados se hallen, y la finalidad providencial de los individuos todos, entre cuyas vocaciones innatas y los ministerios sociales desempeñados y cumplidos por cada cual, existe una misteriosa proporción, la herencia de responsabilidades antiguas que traen al nacer aparejadas consigo aquellos á quienes menos debían corresponderles en estricta justicia moderna de la pura responsabilidad personal; y aplicándolo todo al caso que historio, las desgracias de los pobres helvecios en aquel París revolucionario, perseguidos, acosados, puestos á ojeo infernal, como brutos y alimañas feroces cazados en expiación de crímenes que no habían cometido, en expiación del error, del pecado, del mal que sus progenitores cometieran cuando no habían sido ellos ni siquiera engendrados. Al resplandor de una estrella, cuyos ethéreos rayos debían guiar los pueblos á la libertad, como la estrella del Oriente condujo los magos á la cuna del Salvador, nacían seres de mayor abominación para la conciencia humana, que los tiranos, por ayudantes de la tiranía y verdugos á servicio de la opresión; los cuatro cantones, donde comenzaran á romperse las cadenas de nuestra servidumbre moderna, sólo daban remachadores de grillos y de hierros, forjados

en los altares alpestres, que Dios erigiera como grandes faros del ideal democrático; la sombra de Guillermo Tell, bajo cuya natural advocación colocamos nuestros derechos y cuyo nombre legendario y épico ponemos en la raíz del árbol genealógico de nuestros progresos, se paseaba por la puerta de los sanguinarios opresores, guardándoles el sueño y esperando sus órdenes: contradicciones incomprensibles para quienes á la justicia prestan culto, á la justicia, una y eterna, como Dios. El error de los helvecios adscritos al absolutismo, se confunde con el error de los vascos adscritos á don Carlos. Herederos de una libertad tradicional; con voluntades tan fuertes como las olas de sus mares y las encinas de sus montes; viviendo en Repúblicas, tan pegadas al suelo aquel como los peñascos incommovibles á las cordilleras y los mohos y los muérdagos á los peñascos; invocan el árbol de Guernica, bajo cuyas ramas se ha extendido una secular democracia; ostentan sus hogares inviolables y sus municipios autónomos y su gobierno propio y su parlamento inextinguible, libres por siempre de tiranos reyes, cual decía el inmortal Tirso de ellos; y pugnan luego, mueren, por amarrar los demás españoles al carro del absolutismo que acabó con los municipios nuestros, con las libertades antiguas, con las cortes seculares, y extendió la miseria y la ignorancia, consiguientes á la esclavitud política, por toda nuestra hermosa Península; empeño terrible de tales carlistas vascos, en el cual atraen sobre su cabeza el rayo de castigos tan crueles como la guerra civil, que hace de aquellos ciudadanos libres lobos feroces á servicio del tirano implacable y de aquellos montes benditos fuertes del retroceso que intenta restaurar la vieja monarquía imposible y la infernal inquisición teocrática.

Sin embargo, hay que compadecer á los suizos y hay que admirarlos en esta hora de su inmolación suprema. Dos escritores tan diversos, como el hugonote y francés hasta las uñas, que se llamaba Michelet, y como el panteísta y britano semi-germánico, que se llamaba Carlyle, dedicanles páginas semejantes á las escenas de Shakespeare, contando este sublime y cruento sacrificio de los infelices helvecios. Con efecto, el toque á rebato en aquella noche del nueve de Agosto clara y silenciosa; el crecimiento en marea de los revolucionarios, despertados al són de las campanas, como los muertos al tañido nocturno de las Ánimas; el oleaje creciente de cóleras subiendo y subiendo, como un mar fuera de su centro, á las alturas de Palacio; la muerte de Mandat en las gradas del Municipio, tendido con una bala dentro del cráneo, y su reemplazo en la comandancia de los milicianos por el nervioso revolucionario Santerre; aquellas vibraciones de fusiles y sables y espadas y picas que llenaban el aire de París, semejantes al susurro de un enjambre rabioso que sacara sus agudos agujones; la Mirecourt por un lado, con su traje de cantinera, dando puntapiés á la cabeza recién cortada de Suleau, y Westermann, por otro lado, vibrando su espada exterminadora sobre las cabezas de todos, y poniendo las armas asesinas al pecho de quienes vacilaban y retrocedían; los girondinos por un lado con sus tardíos

amuletos para resucitar la Realeza, y por otro lado Roederer con sus sinceros consejos al Rey de apelación al Congreso que le impelen al suicidio; Antonieta ofreciendo á su marido en las Tullerías una pistola para que mate ó se mate, minutos antes de que tomara su marido en la tribuna un tenedor para nutrirse y regodearse; los cortesanos, creídos de que Luis XVI pelearía como un león, y Luis XVI corriendo como un gamo, dispuesto al martirio, mas incapacitado para el combate; los cañoneros ante sus cañones resistiéndose á dispararlos, como debían por su instituto, contra la rebelión, y los gendarmes apercebidos á dispersarse así que los rebeldes llegaran; la multitud encrespada y subvertida delante del Rey, aunque iba éste muy tranquilo en procesión hacia los diputados, conminádoles á que le dieran auxilio; los guardias reales en el pasadizo de las Cámaras prestando á la Monarquía sus últimos honores, y las comisiones del Congreso corriendo á la real presencia en socorro de la Constitución hecha cien pedazos, y de su moribundo Poder ejecutivo, ya en los postreros estertores; el pueblo que penetra por las verjas de los patios reales, no tanto en actitud de subvertido como en actitud de curioso; los disparos, ni prevenidos ni mandados, impuestos, hechos por la fatalidad, como si los fusiles de la defensa estallaran por sí mismos ante tan esperado ataque; la tromba del movimiento insurreccional subiendo por las terrazas y luego inundando el espacio aquel; todas estas incidencias múltiples y varias contrastan en su agitación mucho con los helvecios, rígidos como estatuas, severos como filósofos superiores á las debilidades humanas, obedeciendo sus consignas en la universal inobediencia, guardando la ordenanza en el universal desorden, vencedores al primer empuje, formidables como rocas entre los mares, al segundo, en que tantas muchedumbres se arremolinan, mudos, mientras los insultan, é inermes con armas, como mártires sin fe que los anime y sin objeto que justifique su martirio, cuando salen formados en columnas, caen por el suelo, sin responder á la violencia en lo cruento de su retirada, hasta que mueren todos, ya uno á uno, ya en masas y en sumas, ofrecidos por la imprevisión real como en holocausto á las cóleras populares, inmolado uno en este sitio, descabezado aquél en otro, metidos una parte importantísima en el Congreso para que luego los degüellen sin excepción al inaugurarse las terribles matanzas de Setiembre, cogidos todos entre los estremecimientos de una sociedad que desaparece, al parir otra nueva sociedad, de los terribles dolores del parto. Malo el ministerio cumplido por los helvecios diezmando un pueblo que peleaba por una libertad análoga con la suya; mas este ministerio á ellos iba de tiempos pasados y de generaciones muertas, cuya obra continuaban los infelices sin verdadera conciencia de lo que hacían, pero contrayendo una inmensa responsabilidad. Así cumplieron el deber contraído á virtud de sus pactos, y por el pago de una merced que les ligaba como un religioso juramento, hasta imponerles, retribuyendo un sustento menguado de la vida, el sacrificio inútil y la muerte anticipada. Yo he visto el monumento levantado á las orillas del hermoso lago de Lucerna por sus compa-

triotas á la virtud y á la fuerza de los helvecios inmolados el día diez de Agosto por la revolución francesa. Para erigirlo han designado un recodo sombrío, como cumple á un fúnebre santuario. El sol penetra con gran dificultad por una urdimbre de ramas entretejidas, como los solios funerarios puestos sobre las insignias de los muertos en nuestros catafalcos eclesiásticos. Aquellas enredaderas húmedas parecen, por su lánguida tristeza y profunda melancolía, una cabellera de viuda, en que han enjugado sus lágrimas generaciones y más generaciones de siervos. Gotea la roca hilos é hilos de un agua parecida de suyo á un amargo lloro, cuyos plañidos se aumentan cayendo sobre un remanso quieto y claro. En la peña viva el gran escultor ha tallado el símbolo de aquellos combates titánicos y guerras asoladoras. Según el modo y manera de los antiguos orientales, ha buscado en la especie animal el simulacro de las cualidades humanas. ¿Quién como el invencible león podrá expresar la fuerza? Y ha esculpido el artista un león moribundo, expresivo del valor sublime desplegado por aquellos suizos al sacrificarse ante un deber que parecía no llegar hasta los linderos misteriosos donde comienza la muerte. Diríase un símbolo esculpido para el sepulcro de titanes derribados por haber querido escalar los cielos y retener en ellos idólos que los cielos rechazaban como el mar escupe los cadáveres. El Arte ha llegado en aquel monumento hasta poner, sobre la faz de un animal carnívoro, el rostro y el espíritu de un héroe. Con la pica de los demagogos clavada en el costado y rota dentro del enorme cuerpo aquel para que no pueda salir; derribado el combatiente bruto sobre la peña fría y bajo ciclópea tallada losa, que parece la losa de un sepulcro; dejando deslizarse de sus garras debilitadas el escudo con los blasones de las lises borbónicas, expresa estéticamente la batalla tremenda en que sucumbieron los mercenarios suizos. *Helvetiorum fidei ac virtuti*, dice la inscripción. Y marra semejante lema. Los helvecios tuvieron virtud fuerte; mas no tuvieron fe ninguna. Por eso mismo es tan enorme y singular su holocausto, porque murieron mártires, sin el consuelo que mitiga todo martirio, sin fe viva en las creencias y en los dogmas, que templan los horrores del combate y endulzan los prodromos de la muerte.

El drama de la crisis, que determina día tan genésico y creador como el diez de Agosto, pasó en muchos escenarios diversos y ofrece muchos contradictorios incidentes. Es uno de sus escenarios el Palacio de las Tullerías; es otro de sus escenarios el Palacio de la ciudad; es otro el Club de los jacobinos; es otro el Congreso de los diputados. En este último resonaba con fúnebre resonancia el dolor colectivo de la ciudad por tantas víctimas como se habían hecho en los senos del pueblo, todas ellas imputadas al odio implacable de los odiosos y odiados suizos. Así era muy difícil salvarlos. De la columna que se perdió en las alamedas de los Campos Eliseos no quedó casi ninguno; de la que fué desde los senos del Palacio á los senos del Congreso, quedaron unos pocos encerrados en las cuevas de los fuldenses, trasmitidos de allí á las cuevas del Palacio Borbón, trasladados del Pa-